

¿QUIÉN ES MARÍA ROSA MOLAS?

En este pórtico de entrada, la figura de María Rosa Molas. Su silueta, acortando distancias. Dilatado el espacio en que ella vive, anclada en su generación y vinculada a la historia decimonónica de España.

Para conocerla hay que abandonar lo decorativo. Pisar su propio clima ambiental, para no crear una figura imaginaria sin consistencia. Acercarnos a esa «mujer, hija de su tierra y de su siglo, nunca de espaldas a la gente pobre hambrienta de consolación». Verla así, un día y otro, conjugando santidad y humanismo y descubrir la rica personalidad de esta mujer, que Dios eligió, para llevar a los más necesitados su consolación.

En un intento de síntesis, trazamos su biografía.

Nace en Reus el 24 de marzo de 1815, Jueves santo. Al día siguiente recibe, en las aguas bautismales, los nombres de *Rosa Francisca María de los Dolores*. En casa la llamarán *Dolores* o con el diminutivo catalán de *Dolorettes*.

Sus padres son José Molas, natural de Barcelona, y María Vallvé, de Reus. Sus hermanos, Antón y María, hijos del primer matrimonio de su madre. Y José, hijo —como ella— del segundo matrimonio. Un hogar de artesanos acomodados, donde la fe, la honradez, el amor, el trabajo y las sólidas virtudes cristianas serán el clima que respirarán los hijos. Y entre este hogar y la escuela transcurre su niñez y adolescencia.

A los dieciséis años, Dolores siente la llamada de Dios. Quiere consagrarse «*totalmente al Señor y al consuelo y alivio del necesitado*». Pero, su padre, un cristiano fervoroso, no comprende la vocación de su hija y un «*¡no!*» rotundo es la respuesta. Dolores esperará diez años. Comprende que lo más importante que tiene que hacer en la vida es la voluntad de Dios, que se le manifiesta en la negativa paterna. Tendrá que esperar.

Hasta una tarde de Reyes de 1841, en que deja sigilosamente la casa paterna y marcha al Hospital de Reus para hacerse religiosa. Al frente de este Hospital está la llamada «Corporación de Caridad». Al día siguiente la encontramos en una sala de enfermos con el hábito de las Hijas de la Caridad y un nombre nuevo. Ahora es *sor María Rosa*.

Nos dicen que durante su estancia en el *Hospital* «*no había vacío que su caridad no llenase*». Pasa después a la *Casa de Caridad* en la misma ciudad, para hacerse cargo de una clase de niñas y llevar la dirección del *Colegio de señoritas*, donde «*penetró como ángel de alegría y buen consejo*».

Y de Reus a Tortosa. El 18 de marzo de 1849 se hace cargo de la *Casa de Misericordia del Jesús*, que atraviesa un momento lamentable. A esta delicada misión va como superiora, al frente de cuatro hermanas. ¿Qué se encuentran? Un cóctel de desgraciados y un panorama impresionante. Pero enseguida hay un cambio radical: los asilados encuentran la comida caliente, la muda limpia, mucho amor en las hermanas y una madre en María Rosa. Abre *una escuela gratuita en la Casa de Misericordia*, para los niños de los arrabales próximos y, dos años más tarde, se hace cargo de una *escuela pública en la ciudad*. En 1852 saca el título de maestra y asume la dirección del *Hospital de la Santa Cruz*, que también atraviesa un momento difícil. Esta es la obra de María Rosa en Tortosa. Tres establecimientos bajo su dirección. Pero le queda por realizar la obra más importante: la *fundación de las Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación*.

Fundada la Congregación, su misión consoladora se extiende por La Plana y el Campo de Tarragona y entramos en el año 1876. María Rosa ha cumplido sesenta y un años. Ha trabajado mucho, ha sufrido en su cuerpo y en su espíritu a lo largo de su vida, consagrada «*totalmente al Señor y al consuelo y alivio del necesitado*». Padece una grave enfermedad. Siente muy dentro que Dios la llama para unirse definitivamente con Él. Sigue amando entrañablemente a la vida, a sus pobres, a sus enfermos, a sus ancianos, a sus alumnas, a sus hijas... Está en el lecho de muerte. Y, desde el hondón de su alma, sale una frase como grito de plega-

ria: «*¡Déjeme marchar!*». Partió de esta tierra. Era el 11 de junio de 1876, domingo de la Santísima Trinidad. Partió, pero está. Vive en Dios y en su Obra.

¿Cómo es María Rosa?

Nos la describen sin artificio: rostro sereno y apacible; ojos negros, profundos, de mirar sereno y humilde; todo su porte respirando equilibrio. Natural, sencilla y digna.

Mujer inteligente y abierta, firme y serena, cariñosa y fuerte. Vacía de sí y dueña de sí. Constructora de paz, de esperanza y de amor. Enamorada de Dios, experimenta en su vida su misericordia y consolación, y se hace un cauce sencillo, pero fecundo, para los hombres necesitados del Dios de la misericordia y el consuelo.

Destaca en ella una inquebrantable firmeza de voluntad y una integridad poco común. Ejerce influencia, tiene prestigio. Su fibra temperamental, plenamente encajable entre la fortaleza y la dulzura. Tiene un gran corazón: «*A todas horas y en todas las circunstancias acogió su corazón la inquietud, la pena y la amargura del prójimo*». Rasgos claros y equilibrio justo. Todo un carácter. Y es que *el amor da unidad a su psiquismo*. Estas dos constantes — amor a Dios y al prójimo— le dan un equilibrio de persona, una madurez como mujer y una fisonomía propia. Amor, como elemento unificador que nos da, en otro orden de cosas, el carisma de María Rosa. Sólo desde esta angulación puede captarse el mensaje cristiano que aporta a la Iglesia la existencia llena de caridad misericordiosa y consoladora de María Rosa Molas.

Texto: María Esperanza Casaus